

círculos gubernamentales de Estados Unidos como los de aquí aseguran que ese acuerdo es una bendición para los sindicatos. Se van a arrasar los ecosistemas, los mares, los ríos, los bosques del país, como resultado de la búsqueda insaciable de riquezas naturales y la creación de obras de infraestructura de fuga, para sacar productos del país y llevarlos a Estados Unidos; pero los periodistas nos dicen que todo esto va a significar una mayor protección ambiental y aprovechamiento de nuestras riquezas. Se va a privatizar lo que queda de educación y de cualquier sector público; pero nos aseguran que tales medidas van a significar un mejoramiento de los servicios y un ingreso para los empresarios privados, que van a ayudarnos a salir de la pobreza y del subdesarrollo —como Shakira—, pero lo único que hacen es generalizar el analfabetismo, la ignorancia y la estupidez. Se van a destruir los endeble cimientos de la producción agraria nacional, con la importación brutal de comida basura procedente de Estados Unidos, pero se nos quiere convencer de que vamos a mejorar nuestra dieta y nuestra seguridad alimenticia al consumir esa chatarra.

Por si hubiera duda de lo que estamos diciendo, solo baste mencionar dos hechos que muestran el nivel de abyección al que puede llegarse en estas tierras de filantropicapitalismo: de una parte, las posturas del Gobierno colombiano, encabezado por Juan Manuel Santos, en la Cumbre de Cartagena ante la exclusión de Cuba y el reclamo argentino de las Islas Malvinas, sobre los que guardó un silencio cómplice y se plegó a los dictados del amo imperialista; de otra parte, la actitud antilatinoamericana asumida ante la visita de Mariano Rajoy, presidente del Gobierno de España, a quien Santos le dijo, en referencia a la política de nacionalización de YPF en Argentina, que “a diferencia de otros países, aquí no expropiamos”. Una forma descarada de afirmar: vengan y llevense lo que quieran, como en los tiempos de la colonia, cuando venían los virreyes y otros enviados de la monarquía ibérica. Este es el verdadero filantropicapitalismo transnacional en funcionamiento, con el cual, como siempre, nos quedan la miseria y el horror, mientras otros se quedan con nuestras riquezas y las ganancias. Aparte de todo, no sobran los arrodillados —como —, que digan que todo lo que hacen los empresarios nos produce muchos beneficios.

### TERCERA LECCIÓN: EL FILANTROPICAPITALISMO DEL ESTADO COLOMBIANO

El discurso filantropicapitalista recalca la importancia de que los capitalistas inviertan en obras sociales para obtener ganancias y que ojalá esa inversión se haga al margen del Estado o, cuando mucho, en una relación en la que el Estado se limita a secundar al capital privado. Pero en la Cumbre de Cartagena nada de eso sucedió, porque fue el Estado colombiano el que invirtió a manos llenas para agasajar a todos los invitados, entre ellos a cientos de empresarios que se hicieron presentes en ella. En una clara muestra de filantropicapita-

lismo estatista, el Estado colombiano y sus fuerzas represivas se dieron a la tarea, y el término militar nunca fue tan preciso, de peinar la ciudad de Cartagena, calle por calle, casa por casa, para sacar a los pobres del centro de la ciudad, porque la afeaban y eran una mala vitrina para la venta del país al capital transnacional. Se sacaron de la zona histórica de la ciudad hasta los perros, junto con mendigos, vendedores ambulantes, cocineras populares y todos los que estorbaban. Se remodelaron avenidas para que la caravana de Barack Obama, compuesta de una veintena de limosinas y coches lujosos, no tuviera que hacer ninguna parada en su camino. La ciudad se militarizó como nunca antes se había visto, puesto que se emplearon miles de policías, militares, agentes secretos, buzos y pilotos para custodiarla.

Todo este dispositivo de seguridad, control y embellecimiento artificial de Cartagena, junto con los gastos de la Cumbre, han significado un elevado costo para el erario público de Colombia, que puede haber llegado a los 50 millones de dólares (unos 100 mil millones de pesos colombianos), una cifra que bien se hubiera podido invertir en escuelas, hospitales, parques o universidades, a los que buena falta les hacen los recursos estatales, en gran medida destinados al pago de la deuda externa y a financiar la guerra contra los pobres de este país.

Por supuesto que nada de esto importa, porque de lo que se trata es de vender la idea de que Colombia es un seguro destino para la inversión extranjera, y que como buenos esclavos de Estados Unidos, los gobernantes de este país están dispuestos a postrarse todo el tiempo y hacer hasta lo imposible por mostrar su carácter incondicionalmente servil. En estas condiciones, en la cruda realidad la filantropía funciona en un sentido contrario al anunciado por los voceros del capitalismo. Eventos tan rimbombantes e inútiles, como la Cumbre de las Américas, no son patrocinados por el capital privado y sus empresas, sino por el Estado colombiano, el cual empleó el patrimonio público para acoger al capital privado y permitir que Barack Obama roncara durante dos noches en Cartagena, un privilegio que no tienen todos los esclavos del mundo, pero que le ha resultado muy costoso al pueblo colombiano.

(\*) **Renán Vega Cantor es historiador. Profesor titular de la Universidad Pedagógica Nacional, de Bogotá, Colombia.**

(1) **“La hipocresía de la filantropía (la forma en que el sistema mantiene el Status Quo)”, en <http://pijama-surf.com/2010/08/la-hipocresia-de-la-filantropia-la-forma-en-la-que-el-sistema-mantiene-el-status-quo/>**

(2) **“El alma del hombre bajo el socialismo”, disponible en [http://upload.wikimedia.org/wikipedia/commons/0/07/El\\_alma\\_del\\_hombre\\_bajo\\_el\\_socialismo.pdf](http://upload.wikimedia.org/wikipedia/commons/0/07/El_alma_del_hombre_bajo_el_socialismo.pdf)**

# Se vende la naturaleza

FREI BETTO

EN VÍSPERAS DE Río+20, es imprescindible denunciar la nueva ofensiva del capitalismo neoliberal: la mercantilización de la naturaleza. Ya existe el mercado de carbono, establecido por el Protocolo de Kyoto (1997), el cual determina que los países desarrollados, principales contaminadores, reduzcan sus emisiones de gases de efecto estufa en un 5,2 %.

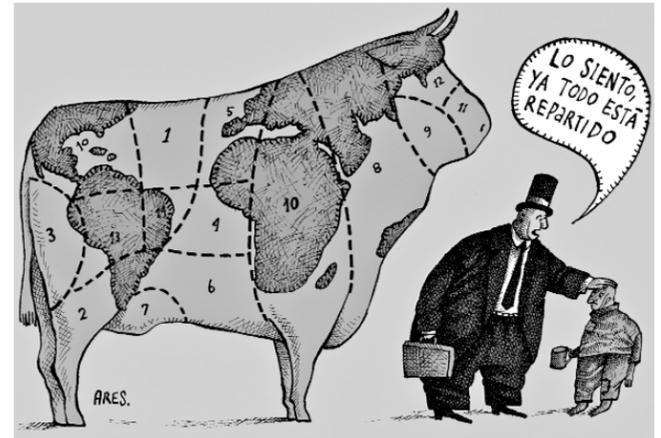
Reducir el volumen de veneno vomitado por esos países a la atmósfera implica reducir las ganancias. Por eso se inventó el crédito del carbono. Una tonelada de dióxido de carbono (CO<sub>2</sub>) equivale a un crédito de carbono. El país rico o sus empresas, al sobrepasar el límite de contaminación permitida, compra el crédito del país pobre o de sus empresas que todavía no alcanzaron sus respectivos límites de emisión de CO<sub>2</sub> y de este modo, queda autorizado a emitir gases de efecto estufa. El valor de ese permiso debe ser inferior a la multa que el país rico pagaría, en el caso de que sobrepasara su límite de emisión de CO<sub>2</sub>.

Pero surge ahora una nueva propuesta: la venta de servicios ambientales. Léase: apropiación y mercantilización de las selvas tropicales, bosques plantados (sembrados por el ser humano) y ecosistemas. Debido a la crisis financiera que afecta a los países desarrollados, el capital anda buscando nuevas fuentes de lucro. Al capital industrial (producción) y al capital financiero (especulación), se le suma ahora el capital natural (apropiación de la naturaleza), conocido también como economía verde.

La diferencia de los servicios ambientales es que no son prestados por una persona o empresa, sino ofrecidos, gratuitamente, por la naturaleza: agua, alimentos, plantas medicinales, carbono (su absorción y almacenamiento), minerales, madera, etc. La propuesta es poner un basta a dicha gratuidad. En la lógica capitalista, el valor de cambio de un bien está por encima de su valor de uso. Por lo cual los bienes naturales deben tener precio.

Los consumidores de los bienes de la naturaleza pasarían a pagar, no solo por la administración de la “manufactura” del producto (igual que pagamos por el agua que sale por el grifo en casa), sino por el bien mismo. Sucede que la naturaleza no tiene cuenta bancaria para recibir el dinero pagado por los servicios que presta. Los defensores de esta propuesta afirman que, por tanto, alguien o alguna institución debe recibir el pago (el don de la selva o del ecosistema).

Tal propuesta no toma en cuenta a las comunidades que habitan en las selvas. Dice una habitante de la comunidad de Katobo, selva de la República Democrática del Congo: “En la selva recogemos leña, cultivamos alimentos y comemos. La selva proporciona todo: legumbres, toda clase de animales, y eso nos permite vivir bien. Por eso nos sentimos muy felices en nuestra selva, porque nos permite conseguir todo lo que necesitamos. Cuando oímos que la selva puede estar en peligro, eso nos preo-



cupa, porque no podríamos vivir fuera de ella. Y si alguien nos ordenara salir de la selva, quedaríamos con mucha rabia, porque no podemos imaginar una vida que no sea dentro o cerca de la selva. Cuando plantamos alimentos, tenemos comida, tenemos agricultura y también caza, y las mujeres recogen mariscos y peces en los ríos. Tenemos diferentes tipos de legumbres y también plantas comestibles de la selva, y frutas y todo tipo de cosas que comemos, que nos dan fuerza y energía, proteínas, y todo lo que necesitamos”.

El comercio de servicios ambientales ignora esa visión de los pueblos de la selva. Se trata de un nuevo mecanismo de mercado, por lo cual la naturaleza es cuantificada en unidades comercializables.

Esta idea, que suena como absurda, surgió en los países industrializados del hemisferio Norte en la década de 1970, cuando se dio la crisis ambiental. Europa y Estados Unidos comprendieron que los recursos naturales son limitados. La Tierra no tiene forma de ser ampliada. Y está enferma, contaminada y degradada.

Ante esto los ideólogos del capitalismo propusieron valorar los recursos naturales para salvarlos. Calcularon el valor de los servicios ambientales entre 160 mil y 540 mil millones de dólares (el PIB mundial, o sea la suma de bienes y servicios, totaliza actualmente 620 mil millones). “Es el momento de reconocer que la naturaleza es la mayor empresa del mundo, trabajando para beneficiar al 100 % de la humanidad, y lo hace de gratis”, afirmó Jean-Cristophe Vié, director del Programa de Especies de la IUCN, principal red global para la conservación de la naturaleza, financiada por gobiernos, agencias multilaterales y empresas multinacionales.

En 1969 Garret Hardin publicó el artículo **La tragedia de los comunitarios**, para justificar la necesidad de cercar la naturaleza, privatizarla, y garantizar así su preservación. Según el autor, el uso local y gratuito de la naturaleza, como lo hace una tribu indígena, acaba en destrucción (lo que no corresponde a la verdad). La única forma de preservarla para el bien común es volverla administrable por quien tenga competencia, o sea, las grandes corporaciones empresariales. He ahí la tesis de la economía verde.

Pero de sobra sabemos cómo enfocan ellas la naturaleza: como mera productora de *commodities*. Por lo cual empresas extranjeras compran, en Brasil, cada vez más tierras, lo que significa una desapropiación mercantil de nuestro territorio.

(Tomado de ADITAL)